

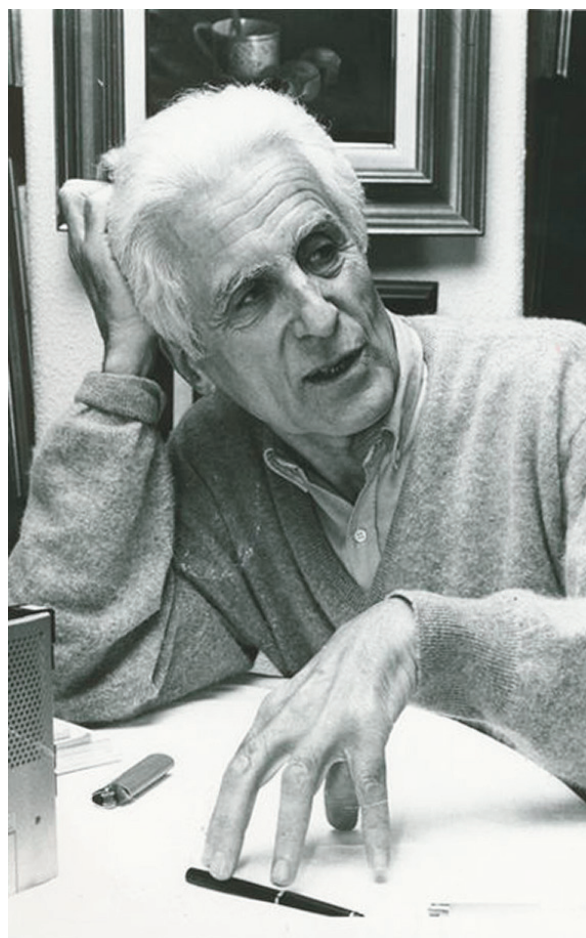
NUESTROS CLÁSICOS

Manuel Tuñón de Lara y la Historia: de la «ciencia» a la pasión por descubrir y narrar el pasado

Carlos Forcadell Álvarez
Universidad de Zaragoza

El «para qué sirve la historia» es una pregunta que viene rodando desde los mismos orígenes del conocimiento y relato del pasado. La pregunta se la han hecho y hacen los mismos historiadores, los públicos lectores y consumidores y, de modo particularmente intencionado, los poderes políticos y gobiernos, ávidos siempre de utilizarla como instrumento de legitimación, desde los imperios y dictaduras hasta las sociedades liberales y democráticas.

George Orwell y Hanna Arendt, desentrañando las raíces del totalitarismo en los años de posguerra de mediados del siglo XX, coincidieron en apuntar a un mismo lugar: el papel de los historiadores como guardianes de la verdad. El filósofo francés Jean François Revel dejó escrito, por las mismas fechas del texto de Manuel Tuñón de Lara que glosamos, mediados de los años setenta, que «la democracia no puede vivir sin la verdad, y el totalitarismo no puede vivir sin la mentira», aviso y anuncio bien cierto para nuestro presente, medio siglo después^[1].



Manuel Tuñón de Lara (Archivo Gráfico de *Carta de España*).

1.- Jean François Revel, *La tentation totalitaria*, 1976. Tra-

ducción al castellano en Emece, ed., Buenos Aires, 1977.

Este artículo de Manuel Tuñón de Lara apareció publicado en la revista *Cuadernos para el Diálogo* en 1976, en el corazón del empuje político y cultural de movimientos sociales democráticos y partidos y sindicatos, recién legalizados o en vías de serlo, hacia la liquidación de la dictadura y una transición política hacia un constitucionalismo y parlamentarismo democráticos.

Se ha dicho que los periodistas han de poder y deben exponer lo que se quiere ocultar; los historiadores, por su parte, pueden y deben sacar a la luz y hacer visible lo que se olvidó o lo que quisieron que se olvidara, evidencias que valen para cualquier tiempo y lugar. En aquel momento Manuel Tuñón de Lara todavía no era ni doctor, obtuvo el Doctorado de Estado de la universidad francesa en 1977, ni catedrático de Historia y Literatura española, condición a la que accedió en 1978 en la Universidad de Pau^[2].

El corazón de la liquidación de la dictadura y las luchas por la democracia, 1976, fue, como los años en su entorno, un escenario privilegiado para que se desplegaran visibles e intensos combates por la historia, contra el relato franquista de vencedores que urgía desmontar, del que no poca parte de la opinión pública estaba empapado, y contra los gestores franquistas del mundo académico, que siguieron ocupando cátedras universitarias, el CSIC, la RAE, durante muchos más años y a quienes las nuevas generaciones de historiadores pugnaban por sustituir desplegando nuevas historias, nuevas metodologías y reconstruyendo afanosamente tantos pasados ocultos y tapados por los 40 años de la dictadura cultural e intelectual del viejo estado. El proceso

fue lento; si se quiere un testimonio personal, en 1982 concurrí a una oposición a la Agregaduría de Historia Contemporánea de Zaragoza y el sorteo entre los miembros del escalafón seleccionó a tres catedráticos de historia contemporánea: una teresiana, un dominico y un jesuita, que fueron los tres votos de los cinco del tribunal que impidieron con su voto negativo mi acceso en aquel momento.

Los entonces jóvenes historiadores, dispuestos a eliminar el franquismo historiográfico que se resistía a desaparecer y a asaltar el escalafón, lo que era más fácil y factible en facultades y disciplinas nuevas (Económicas, Políticas) que en las tradicionales Facultades de Filosofía y Letras, eran hijos de la guerra nacidos en la década de los años 40: Santos Julia (1940), Albert Ballcells (1940), José Álvarez Junco (1942), Antonio Elorza (1943), Manuel Pérez Ledesma (1944), Borja de Riquer (1945), Juan Pablo Fusi (1945), Carlos Forcadell (1946), Juan Sisinio Pérez Garzón (1949), etc. Todos ellos intervinieron de múltiples maneras en los espacios académicos y públicos desde mediados de los años 70, a la vez, durante los años ochenta, se iban consolidando institucionalmente en departamentos universitarios, cátedras o centros de investigación (CSIC), sin abandonar una intensa y vocacional presencia en el espacio público a través de toda clase de medios de comunicación: prensa, revistas, Televisión etc.

Los jóvenes historiadores de los años setenta, y de los primeros ochenta, escribían en sus tesis y primeros libros una historia metodológicamente renovada y acreditada, en la línea de las mejores aportaciones y modelos de la historiografía británica y francesa, pero era, entonces, una historia también «militante», algo muy visible en los temas que investigaban y publicaban, que se fue debilitando conforme avanzaba la década de los años ochenta.

2.- Contamos con varios balances sobre su biografía y obra: «Manuel Tuñón de Lara, maestro de historiadores», catálogo de exposición, coordinado por José Luis de la Granja, Madrid, UPV y Casa de Velázquez, 1994, 167 pp.; J.L. de la Granja, A. Reig, A. Miralles: *Tuñón de Lara y la historiografía española*, Madrid, Ed. Siglo XXI, 1999.

Este es el contexto y el ambiente de esta intervención, desde Pau, del sesentón que era ya Manuel Tuñón de Lara, el de una historia «militante» del movimiento obrero, que también practicaba al mismo tiempo la generación de sus hijos, de los «hijos de la guerra», a la que él comenzó a reunir con mutuo entusiasmo en el los «Coloquios de Pau» que comenzó en 1971 y cuyas actas, coherentemente, comenzaron a publicarse en la editorial de Cuadernos para el Diálogo a partir de 1973.

Si se repasan las introducciones que escribía el propio Tuñón de Lara a las sucesivas ediciones, siempre en Cuadernos para el Diálogo, de los coloquios reunidos a lo largo de la década de los años setenta, que iban atrayendo progresivamente a historiadores jóvenes que peregrinaban a Pau en la primavera de cada año, se aprecia, la fe que nuestro historiador en el exilio depositaba en considerar que la historia es una «ciencia»: «la ciencia histórica solo es posible a base de la cooperación y el intercambio va emparejada con otra idea: la historia es una totalidad»; se trata de «hacer historia como ciencia, que es lo que yo espero que sigamos haciendo el año próximo en el IV coloquio» (1972)^[3].

Este artículo en el que Manuel Tuñón reflexiona sobre la utilidad de la historia, por lo demás menor y ocasional, concluye, en su último párrafo, con la contundente afirmación de que «la Historia como ciencia es un instrumento de conocimiento insoslayable», firme convicción y coherente con el pensamiento histórico de su autor hace medio siglo. Y no solo de Tuñón, también de un ambiente intelectual en el

3.- M Tuñón de Lara et alii: *Sociedad, política y cultura en la España de los siglos XIX y XX*, Madrid, Ed. Cuadernos para el Diálogo, 1973, pgs. 9 y 15. Si se repasan sus prólogos a las ediciones de los años setenta la obsesión por construir, estar construyendo, una «ciencia histórica» es patente.



Paul Aubert, Jean-Michel Desvois y Tuñón de Lara en Santander en septiembre de 1981 (journals.openedition.org).

que en Francia se había creado la categoría historiográfica «Sciences Humaines», en la que bebe nuestro articulista, mientras que en Alemania operaba desde mucho tiempo antes la de «Geisteswissenschaft», ciencias del espíritu, que Ortega y Gasset traduciría al castellano como «humanidades».

Podemos atribuir, a la vista de este texto, una cierta ingenuidad, propia de la época y no privativa, a su autor, pues si se lee completo se puede apreciar que presenta su visión, explicación, y comprensión del pasado nacional en términos de oligarquías, bloque dominante, ausencia de revolución burguesa y, sobre todo, su interpretación de la guerra civil al final del artículo, todo lo cual constituye la base para lo que él llama una «concepción científica de la historia: «para eso, y sin el menor ánimo de beligerancia, debe servir la ciencia de la Historia».

Nuestro historiador abre orgulloso la puerta de la ciencia, pero se le cuelga por la ventana, en buena medida, la ideología propia de su experiencia biográfica y personal de perdedor de la guerra civil y militante contra la dictadura franquista desde el exilio.

Afirma con seguridad, en el párrafo cuarto, que «la historia no es narración», algo que incumplió repetida y afortunadamente, por cuanto uno de sus mayores atractivos era que narraba muy bien, verbalmente y por escrito, acertaba más cuando «narraba» el pasado que cuando lo teorizaba.

La publicación de las 963 páginas de su *El Movimiento obrero en la Historia de España* en 1972, constituyó un auténtico aldabonazo en las aguas de la historiografía franquista y de la cultura pública. Por reconstruir la época, un año antes, 1971, Josep Fontana revisaba radicalmente la crisis del Antiguo Régimen en España, y un año después, 1973, Miguel Artola dirigía la empresa de los tomos de la Historia de España de la editorial Alfaguara, dedicando de su autoría el primero a «La burguesía revolucionaria», reproduciendo en portada el cuadro de Gisbert sobre el fusilamiento de Torrijos, lo que no dejaba de ser todo un manifiesto liberal y democrático. En ese contexto y por esas fechas, la aportación de Tuñón de Lara desde el otro lado de los Pirineos significaba un intento de recuperación de la tradición de historia obrera y socialista mantenida por algunos autores desde el exilio (Núñez de Arenas, Ramos Oliveira, Bruguera...)^[4].

El «cientifismo» de Tuñón de Lara en esta época era tan primigenio como incólume. Declara paladinamente desde la primera página de su grueso volumen que «esta obra ha sido enfocada con perspectiva y metodología estrictamente científicas», con frecuen-

tes referencias a «la historia considerada como ciencia».

Pero la carga «militante» saltaba a la vista, tanto para el autor como para sus lectores, sobre todo para sus lectores jóvenes a quienes se abría un pasado oculto con esa ambición enciclopédica de reconstrucción ordenada de hechos, datos, nombres, fechas de la historia de la olvidada clase trabajadora española hasta 1936, un friso de carácter positivista en el que la relación de las bases materiales de la sociedad y las diferentes etapas del «movimiento obrero» reflejaba los parámetros de una concepción marxista tradicional. Por entonces, Tuñón tuvo la oportunidad de sistematizar estos firmes posicionamientos teóricos en su libro «Metodología de la historia social de España» (1973), territorio, el de la historia social, en el que iría desembocando la anterior historia del «movimiento obrero».

Los años ochenta son un escenario nuevo, así para la sociedad y la política españolas como para su cultura e historiografía, en vías de progresiva modernización y democratización. En 1982 dos historiadores, José Álvarez Junco y Manuel Pérez Ledesma, dieron un fuerte aldabonazo en un artículo publicado en el núm. 12 de la nueva «Revista de Occidente», en el que criticaron la inspiración militante de buena parte de la historiografía reciente, en la que «la narración de los sufrimientos y de las luchas del pueblo oprimido era exactamente el negativo de la historia glorificadora del poder». Ya no necesitamos la coartada de la lucha contra el régimen político, sostenían, ni hacer una historia partidaria y partidista, y proponían transitar a una «historia de los movimientos sociales» mejor fundamentada teórica y metodológicamente, que integrara y respetara la centralidad de las luchas de los trabajadores^[5].

4.- Manuel Tuñón de Lara: «El movimiento obrero en la Historia de España», Madrid, Ed. Taurus, 1972; Josep Fontana: *La quiebra de la monarquía española (1814-1820)*. Barcelona, Ed. Ariel, 1971.

5.- J. Álvarez Junco y M. Pérez Ledesma: «Historia del

En los primeros años ochenta aumentó la presencia pública de Manuel Tuñón de Lara en la historiografía española, en revistas, libros, invitaciones a universidades, programas televisivos...etc. En 1981 la Universidad francesa jubiló, con sus 11 coloquios de historia de España a cuestas, al profesor volcado sobre España desde el balcón de los Pirineos de Pau. Fue ese año cuando fue objeto de un homenaje masivo en la Universidad Menéndez y Pelayo de Santander, cuyo rector a la sazón era Raúl Morodo. Fue organizado por un grupo de jóvenes historiadores deudores de la acogida que nos permitió conocer una universidad libre en los últimos años del franquismo, y conocernos a nosotros mismos. Soy testigo de cómo dos conocidos historiadores que profesaban en universidades madrileñas, Santos Juliá y Manuel Pérez Ledesma, se conocieron personalmente en la cola del autoservicio universitario de Pau, como nos sucedió a tantos^[6].

La inserción de Manuel Tuñón de Lara en las facultades de Filosofía y Letras controladas por el viejo escalafón, ausente con la excepción de Juan José Carreras en el precitado homenaje, resultaba imposible; pero no lo fue en la recién creada Universidad del País Vasco en cuya Facultad de Ciencias de la Información eran recientes «ex coloquiarnos» de Pau quienes estaban organizando el Departamento de Historia Contemporánea. Desde la Universidad de Zaragoza Juan José Carreras reforzó la imagen académica de Manolo consiguiendo que fuera nombrado Doctor Honoris Causa en mayo de 1983. En el verano de 1983 fue nombrado Catedrático extraordinario de Historia Contemporánea en la Universidad del País Vasco y a dirigir el

movimiento obrero. ¿Una segunda ruptura?», *Revista de Occidente*, nº 12, 1982, pgs. 19-42.

6.- S. Castillo, C. Forcadell, M.C. García Nieto, J.S. Pérez Garzón coordinadores: «Estudios sobre Historia de España. Obra homenaje a Manuel Tuñón de Lara, 3 Vols. Madrid, 1981.



Tuñón de Lara y Pierre Vilar en 1981 (journals.openedition.org).

Departamento de la disciplina.

Es en estos momentos cuando se amplifica la presencia de Tuñón, ya desde las instituciones académicas, en la historiografía española, que refleja una mayor profesionalización y cierto abandono de la más ingenua «historia militante» de los años del exilio. Comienza a dirigir los volúmenes de la Historia de España de la Editorial Labor (1980 ss.), en los que integra la colaboración de historiadores procedentes de la academia durante el tardofranquismo, como José María Jover, quien a su vez lo invita a participar en la Historia de España concebida por Menéndez Pidal en los años veinte, que él pilota desde Espasa Calpe (1984)^[7].

Es un buen símbolo de una transición

7.- Manuel Tuñón de Lara, dir.: *Historia de España*, Barcelona, Ed. Labor, 10 vols., 1980 y siguientes.

historiográfica que se fue asentando durante los años ochenta, al paso de la jubilación, y sustitución, de los viejos guardianes de la academia franquista. Recuerdo el primer congreso ordinario de la Asociación de Historia Contemporánea reunido en 1992 en Salamanca y cómo en el breve trayecto que va de la Plaza Mayor a la Facultad de la calle Cervantes me encontré llevando del brazo a Tuñón y a Jover quienes hablaban y hablaban, amenos, atentos y sonrientes. Representaban la democratización de la historiografía española.

La gran paradoja es que la significación de Manuel Tuñón de Lara en la historiografía española de la segunda mitad del siglo XX, el impacto de su persona, obra y capacidad de convocatoria en la normalización y democratización de la misma en la segunda mitad del siglo XX fue tanto mayor cuanto más abandonó y olvidó aquellos parámetros teóricos «cientifistas» de sus inicios, bien reflejados en este artículo, propios y contagiados de un ambiente intelectual francés impregnado de un estructuralismo epocal y de cierto marxismo envejecido (Vilar) frente a las aportaciones renovadoras del marxismo de los historiadores británicos —Hobsbawm, 1917, era solo dos años menor que Tuñón, E.P. Thompson era del 1924—, o de los españoles (Fontana, Sacristán...).

Bien por el contrario, el mayor atractivo de Manolo, provenía de la pasión que ponía en escribir de historia y en hablar de historia de España, del entusiasmo con el que narraba verbalmente, blandiendo sus manos y cabeza leonada por encima de su sordera, de su capacidad de relacionar grupos y personas y de su indispensable papel en recuperar la tradición de historia nacional española progresista, republicana y socialista e integrarla en la nueva historiografía española. Manuel Pérez Ledesma observó con acierto que el principal mérito de Tuñón, además del impulso a investigaciones y relaciones entre los jóvenes historiadores hijos de la guerra, fue su esfuerzo en la reconstrucción del pasado y de mundos perdidos y olvidados, siendo fiel a su biografía y a su tiempo, para lo cual hubo de traicionar, necesariamente los principios teóricos y herramientas metodológicas que enarboló en sus principios franceses^[8].

Hoy la historia, lejos de ingenuas pretensiones científicas, constituye una disciplina de conocimiento y cuenta con procedimientos reglados, contraste de fuentes, método..., y también requiere relato, narración, claridad expositiva, buena comunicación, para mejor cumplir su dimensión de disciplina cívica y educativa.

8.- Manuel Pérez Ledesma. «La memoria y el olvido: Manuel Tuñón de Lara y la historiografía española», en J.L. de la Granja, A. Reig y R. Miralles: *Tuñón de Lara y la historiografía española*, Ed. Siglo XXI, Madrid, 1999.